

Cada tipo tiene su especial psicología, y sobre este hecho y observación incuestionables están fundados unos métodos y técnicas pedagógicos. Estudiemos ahora la psicología del hombre poeta, que tiene un oficio como cualquiera otro, aunque en la acertada opinión de los padres de familia se trata de un oficio de escaso porvenir crematístico. Tema sutil, sea dicho al paso, en el que se suelen engañar los padres de familia si el poeta es cómico y entre cómicos anda. Tres son las cualidades o notas que observamos en la psicología del poeta...—Ah, perdón por este tono enunciativo y profesoral. La poesía es una ilustre bagatela, tan ilustre que emana de la misma alma oculta del universo, pero tan inane, la pobre, como doncella sin dote, que suele gustar más de las buhardillas que de los palacios.—Y aquellas tres cualidades son, a saber: un cierto inconsciente, en el que opera la citada alma del mundo...—¿Dios mismo, providencial? No nos atreveríamos a decir tanto; —una ficción permanente, necesariamente deformada, supe-rada, metida en tornasoles, de los sentimientos y un don de vaticinio—poeta, «vates», —es decir, una indudable potestad de profecía. Por ello, los rabis de la Biblia, aquellos que pedían al cielo, de un añil cruel, de la baja Siria, abrumada de nubes de langostas, los signos constantes del mañana, eran poetas todos, y en boca de tales profetas los siglos venideros eran como caracoles resonantes, que se repiten el eco de unas en otras. Pocas veces se ha visto emitir vaticinios a un profesor de Economía, y cuando uno de ellos se subió al Trípode de Belfos erró casi siempre. En cambio, el poeta es un sujeto tan excepcional que donde está mejor acomodado es en el susodicho e incómodo trípode. ¿Hay algo de mistagógico en esta facultad lejana del poeta? Bien entendido que llamamos poeta al que merece apelativo tan ancho, al epónimo, al que da nombre a una época, y no al menudo poeta de los versos a

A propósito de Poetas

presión de sudor y el ánimo rencoroso, como de mujer decepcionada. No es por el placer de hacer metáforas, — en lo que ya solemos los prosistas irles a la zaga a los poetas, — sino por expresar con un lenguaje figurado una verdad casi empírica, es por lo que escribimos lo que sigue. El vate, o adivino epónimo, el aludido hombre de toda una época, es aquel que comercia con cielos e infiernos, y, ay más que con otra cosa, con los abundantes infiernos y los escasos cielos de esta vida, el que posee una especie de escala de Jacob para viajar de estrella en estrella. «Es un repetidor de la gran sorpresa universal». Jamás hemos leído una definición del poeta como esta; la de que es el poeta el receptor individual del gran pasmo inconfesado e inefable que en todos los hombres produce el espectáculo del universo, mas, a fe nuestra, que la tenemos por mejor, que todas esas que aparecen escritas en los libros de cátedra. ¿De dónde procede esta facultad profunda de lanzarse en curva dominadora sobre el futuro? Ved aquí una hipótesis. Si no vale como filosofía; valdrá siquiera para pasar el rato. Hay tres almas en una, según decía nuestra santa Teresa de Jesús con diferentes palabras, pero igual sentido, al erigir su gran metáfora — ¡y ésta sí que es una ingente metáfora, que llenó doscientas páginas! — de su castillo interior, el de las Siete Moradas. La función externa del espíritu roza con la materia; es este ejercitarnos día a día en los negocios, en las necesidades. Hay otra operación anímica más interior, la que observa y reflexiona los hechos, los que nos da este mundo de sólidos y de flúidos que nos rodea. Los más de los hombres vivimos un año, otro año, toda la vida, sujetos al cepo de esta observación e ideación externas. Pero, más allá, secreta como perla en concha, o como música matemática sin sonidos, hay otra alma emancipada, aun cuando vivimos de la tierra, y esa es la que logra las verdades directas y profundas y la que en el orden místico, es la única que nos puede llevar a Dios. Los más de los hombres, pues, en escasísimos momentos de nuestro existir terreno, tenemos una llamada de este gran sol oculto. Es tal vez cuando intuimos un acaso del mañana; cuando se nos revela, como un lampo atraviesa la noche, alguna idea que nos latía desconocida, o alguna suprema resolución de la conducta. Pues de este género, aunque más reiterada y en arrobos más frecuentes, es la intuición del poeta. Por algo los antiguos del vate, del poeta y del adivino hicieron una misma cosa. ¡Ah! cuántas sabias citas latinas se podrían traer aquí a cuento en justificación de esta doctrina, con sólo hojear dos o tres volúmenes que están al alcance de

la mano. Pero, preferimos pasar por hombre de pocas citas y tan trivial como Espronceda cuando escribía con su desenfado romántico aquello de

yo, con erudición, cuánto sabría!

Henos ya con el poeta, en cuanto augur que va de esquina en esquina, sin estar dotados de emolumentos hieráticos algunos por ejercer sus facultades adivinatorias. El poeta es también, como hemos dicho, una especie de inspirado o de enajenado; en el sentido etimológico de la palabra, no en el psiquiátrico, que hay por ahí poetas que, a pesar de su enajenación, hasta ahorran dinero. Produce como una caja de música, cuya voluntad es de otro; es el aparecido de un otro Yo. Musset, el poeta francés de las noches románticas en que le dejara el abandono de la casquivana Jorge Sand, ya había hecho en sí mismo esta observación. El poeta escribe cual si se produjera sobre el papel voces distantes que vienen de la nube, del mar, de la naturaleza toda, o voces cercanas que vienen a decirle al oído, en el secreto de su celda, la secreta visita de un invisible hermano. ¿Qué es esto? ¿Por qué él, el auténtico poeta, escribe como un autómatas? ¿Quién habla por él? ¿Por qué repite él la ajena voz? Y cuando así la repite es cuando solamente es original. Poeta que no sienta en sí este transporte de lo Ajeno, que es precisamente, y por paradójica, lo único Original, no es más que un versificador rastreado, aunque sea preferido en Academias o Juegos Florales.

El poeta, en fin, es un gran mentiroso... Mas, cuidado con tomar el adjetivo en un sentido de burla o censura. Su mentira es la gran mentira de sus sentimientos. Y miente porque son suyos; mas, no lo son. Atrae a sí el dolor y el placer de los otros, y es el hombre reproductor de lo que tu sentiste, de lo que tu lloraste sin saber traducir a palabras, de lo que tu esperas, o de lo que has sido en tí. Por eso todos los Petrarcas que enflaquecieron en sus versos por una Laura, engordan en la apacibilidad de su mesa, como burgueses meramente filosóficos. Necesitan vivir para ser los portadores, en vaso de alabastro fino en el que se recreen las edades, del placer o del dolor de los otros, que habrán de llamar mañana a las puertas de tantas almas. Su ficción es necesaria. Cuando nuestro Herrera divino, como le llamaron, sin que lo fuera más que todo poeta por la gracia de Dios, atravesaba su pecho con hierro frío de dolor, a causa de los desdenes de la Condesa de Gelves, y el Betis, rico en olivas, se abatía al pie de sus muros, y el arrayán y el laurel del jardín condal se comunicaban, aunque criaturas insensibles, de la gran pena del declamador, y la luna venía a morir en la escalinata palacial con la humillación de sus flecos de

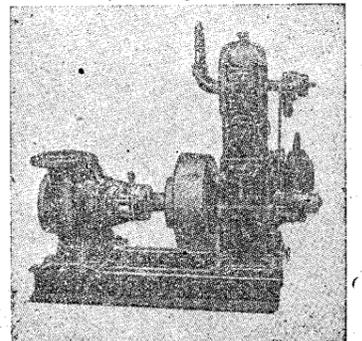
plata, y él escribía, con ocasión de todo esto, medio centenar de elegías en bien cuidados tercetos, lo que ocurría en la esfera real de los hechos—que suele ser más irreal que la otra, paradoja tenemos—era sencillamente así: el vate tenía permiso del Conde para ejercitar su musa en tales endechas y dirigirlas a su ilustre esposa, que las recibía entre golpe y golpe de abanico igual que se acaricia un joyel, y nada más, y el buen hombre Herrero, tras el arrebato petrarquesco, tornaba a su beneficio de la Parroquia de San Andrés de Sevilla a mascullar la dura vida humilde, que esa sí que es filosofía más que poesía, si es algo más que dolor. Cantaba

Gime conmigo el sol, conmigo llora el héspero, y lo noche se lamenta y conmigo te quejas, roja aurora.

como se lee en la elegía V del libro II. Manera suntuosa de cubrir de siderales brocados el dolor. Mas, el dolor no era suyo. Era el de todos los que amaron sin esperanza antes que él y habían de amar luego con igual desamparo.

El afán que padezco es insufrible... Tal vez. Padecía en cuanto poeta la gran mentira propia y la gran verdad del dolor de los demás.

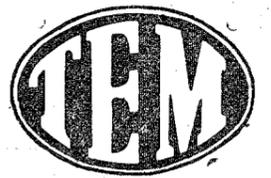
FRAMIS



**Motores de explosión
Bombas para riegos**

Avda. Generalísimo, 174 - Teléf. 86
GRANOLLERS

INTERRUPTORES - CONMUTADORES



JÓSE BOTEY

(Sucesor de Silverio Botey)

GRANOLLERS



MILES de POSEEDORES!
Neveras
FRISAN
Avenida del Generalísimo, núm. 174 - Teléfono 86
GRANOLLERS

Dr. S. Paituvi Borrell

Médico del Hospital de la Sta. Cruz
y San Pablo, de Barcelona

SE COMPLACE EN OFRECER A SUS AMIGOS EN PARTICULAR Y AL PUBLICO EN GENERAL SU NUEVO DESPACHO MEDICO SOBRE

Enfermedades de la Piel, de la Sangre y Matriz

INSTALADO EN ESTA CIUDAD, EN LA CALLE DE
J. ANSELMO CLAVÉ, 49, 1.º (ANTES DR. ROBERT, 11)
DONDE ATENDERÁ LAS VISITAS TODOS LOS JUEVES, DE 9 A 1



Cementos y Construcciones J. García

OBRAS :: HORMIGÓN ARMADO :: ALMACÉN DE CALES Y CEMENTOS
OFICINA TÉCNICA PARA ESTUDIOS, PROYECTOS Y PRESUPUESTOS

DESPACHO: Paseo de la Montaña, 60
ALMACÉN: Avenida de la Victoria, 2

GRANOLLERS
(BARCELONA)